

“¿DEBERÍA ACEPTAR YO SIN MÁS, LAS PAPARRUCHAS Y EMBUSTES DE VUESTROS CRONISTAS?”

(Las nuevas crónicas de Indias como reescrituras del descubrimiento y la conquista)
“Should I simply believe the silly remarks and tall stories of your chroniclers?” (The new chronicles of Indias as alternative versions of discovery and conquest)

*Carolina Pizarro Cortés**

Resumen

Lectura transversal de 21 novelas hispanoamericanas contemporáneas, con el objetivo de definir las características básicas que este corpus presenta como subgénero de la “nueva novela histórica”, lo que justifica denominarlas “nuevas crónicas de Indias”. Reelaborando los postulados de Seymour Menton y Fernando Aínsa, se proponen cuatro ejes fundamentales: la recurrencia de determinados tipos discursivos, la intertextualidad, la carnavalización y las redefiniciones de los conceptos de tiempo y espacio, mostrando en cada uno de ellos las distintas variantes estilísticas de este tipo de narrativa y reflexionando acerca de su particular visión de la historia, la que se aproxima notablemente a los planteamientos del “pensamiento de la liberación” latinoamericano, coincidente en el tiempo con la aparición de esta propuesta literaria revisionista.

Palabras clave: “Nueva crónica de Indias”, tipos discursivos, intertextualidad, carnavalización, tiempo, espacio, pensamiento de la liberación.

Abstract

This article presents the transversal reading of 21 contemporary latin american novels, attending to define the basic features that this corpus presents as a sub-genre of the “nueva novela histórica” (new historical romance), which justifies the denomination of “nueva crónica de Indias” (new chronicle of Indias). The analysis is a re-elaboration of Seymour Menton and Fernando Aínsa’s works and proposes four main axes: (the) recurrence of determinated discursive types, (the) intertextuality, (the) carnivalization and (the) new definitions of the concepts of time and space, showing in each of them the different stylistic variations of this sort of narrative and reflecting on their particular vision of History, which is very close to the approach of the latin american “thinking of liberation”, that coincides temporarily with the emergence of this revisionist literary proposal.

Key words: “Nueva crónica de Indias” (new chronicle of Indias), discursive types, intertextuality, carnivalization, time, space, “thinking of liberation”.

La pregunta retórica que da título a este trabajo es una cita tomada de la novela *Maluco*, del uruguayo Napoleón Baccino, publicada en 1989. Corresponde a una declaración airada de la voz narrativa, Juanillo Ponce, un bufón caído en desgracia que ha perdido su lugar en la historia y de paso su pensión estatal, a pesar de haber sido uno de los miembros de la titánica expedición alrededor del globo comandada por Hernando de Magallanes. Sus palabras constituyen una extensa carta a Carlos V, cuyo fin inmediato es recuperar su mísera pensión, pero cuyo

interés profundo es recontar corrigiendo, desde su posición de testigo y participante, lo mal dicho por los cronistas, esto es, lisa y llanamente volver a dar forma al pasado, haciendo caso omiso de la “historia oficial”. Su pregunta resume en esencia el espíritu de un grupo importante de obras latinoamericanas publicadas en los últimos 30 años y que la crítica ha identificado como “nuevas novelas históricas”.

La expresión “nueva crónica de Indias”, que en este trabajo ocupamos para dar nombre más específico a un corpus particular dentro del amplio espectro de la nueva narrativa de tema histórico latinoamericano, fue acuñada por Alejo Carpentier en su discurso “La novela latinoamericana en vísperas del nuevo siglo”, y coincide temporalmente con la aparición de esta tendencia literaria. En sus palabras, el escritor exhorta a sus compañeros de oficio del siguiente modo

El novelista latinoamericano habrá de ser el nuevo *cronista de Indias* en esta época profundamente atormentada, llena de mutaciones, convulsiones, revoluciones y transformaciones que se aproximan y que acabarán de darle un contorno más o menos definido —más definido de lo que está hoy— a este inmenso continente de América Latina que tanto amamos y que nos pertenece a todos por igual (1984:48).

Hay que señalar que la proposición de Carpentier busca influir en la actitud que debieran asumir los narradores latinoamericanos de fines de milenio, sea cual sea el tema de sus novelas. Se refiere, en principio, a toda producción novelística contemporánea, no sólo la que dialoga específicamente con la historia, lo que nos enfrenta a la necesidad de hacer ciertas precisiones a propósito del uso que daremos al término “nueva crónica de Indias”. Los rótulos de “nuevo cronista” y “nueva crónica” aparecerán en el ámbito teórico unos años más tarde en los trabajos de Ernesto Livacic (1991), Fernando Moreno (1992) y Abel Posse (1992), aplicados sin hacer mayores distinciones a lo que también se conocerá como nueva novela histórica, corriente que ha sido definida con detalles por Fernando Aínsa (1991) y Seymour Menton (1993). Estos últimos, al igual que Posse, Moreno y Livacic, incluyen en sus definiciones las reescrituras del descubrimiento y la conquista, pero consideran, además, otras obras que hacen referencia a periodos históricos posteriores, lo que implica una visión de conjunto demasiado amplia. Con el fin de despejar una posible confusión, y no sólo por un afán de delimitación temática, proponemos una acotación del término nueva crónica al corpus particular que sostiene un diálogo con los antiguos textos cronísticos indios o con las versiones históricas sobre estos periodos y que —muy a su modo— los rescriben.

Fernando Moreno coincide con Seymour Menton al señalar como hito detonante, tanto de la nueva crónica de Indias como de la nueva novela histórica en general, la conmemoración del “momento del “encuentro” entre ambos mundos” (1992:151); pero donde Menton generaliza, identificando esta efeméride como una de las posibles causas, Moreno propone considerar este evento cultural como

fenómeno inicial de una nueva narrativa, es decir, subordina el desarrollo de la nueva novela histórica a la aparición de la nueva crónica. La causa podría estar en la fuerza de este movimiento, que puede explicarse como una especie de semilla que brota en muy diversos sentidos. Partiéndose de un cuestionamiento de los inicios de la historia occidental de América se produce un contagio hacia otros periodos más cercanos —como por ejemplo, a raíz de la celebración de los bicentenarios, la época de la independencia— llenándose nuestra narrativa de un afán revisionista.

La nueva crónica de Indias, sin embargo, no sólo implica la adhesión a determinados temas —“descubrimiento” y “conquista”— o, si se prefiere “problemas”, entre ellos la compleja constitución identitaria de lo latinoamericano, que en sus bases carga con el “cubrimiento” y la “usurpación”. En la lectura de un extenso corpus se ha podido constatar que, además de todas las características que la crítica atribuye a la nueva novela histórica,¹ hay un punto de unificación que atraviesa todas las obras, y que es el diálogo con el documento, con la crónica de Indias original, lo que justifica el reciclaje de la expresión de Carpentier con un nuevo sentido. En palabras de Fernando Aínsa

Escribir o reconstruir la historia de América *a partir de las Crónicas* es (...) una “ficcionalización” necesaria y creativa que requiere un constante reinventarse, una recreación en la que el sujeto tiene que adoptar una renovada posición estética al tener que ir enfrentando una realidad que no termina de asirse en su esencia (Invención literaria 121, sin cursivas en el original).

Este trabajo intentará demostrar que existe un haz, como dice Derrida refiriéndose a la *diferencia* (1989) un momento de múltiples cruces en la narrativa latinoamericana actual, que se caracteriza por volver insistentemente a esas primeras versiones, textos que conforman la imagen inicial que Europa o el mundo “civilizado” recibe del nuevo mundo ignoto y convulso,² y que conforman una máscara superpuesta sobre este continente, monológica y monolítica, que se hace necesario, después de 500 años, desmontar, porque como ya se ha expresado a propósito de la antigua crónica: “Los diversos rasgos de esta literatura condicionarán la visión ulterior de América (...)” (Goic, 1988:89).

Volver a Colón y sus naves no es precisamente un ejercicio escapista. Coincidimos con la tesis de Posse que propone la necesidad de una especie de borrón y cuenta nueva.³ Hay que ir en la búsqueda del verdadero rostro y los

¹ Remito aquí a los trabajos fundacionales de Fernando Aínsa (1991) y Seymour Menton (1993).

² La hiperbólica descripción natural y antropológica y los relatos de cruentas campañas de conquista suelen ser constantes en la antigua crónica.

³ En sus palabras: “Fueron los poetas y novelistas quienes lanzarían sus carabelas de papel para descubrir la versión justa. Empezaron a moverse en las entrelíneas de la crónica como cazadores furtivos. (...) Fueron los escritores los que ajustaron el disparate de la historia imperial, recogiendo incluso los pocos rastros de la versión de los vencidos” (1992:253).

nuevos cronistas, como buenos dueños de casa que hacen la limpieza profunda, llegan a las raíces mismas del problema. El V Centenario es, sin duda, uno de los detonantes, sobre todo porque la discusión intelectual de Latinoamérica en esos años gira en torno al “evento”. La conmemoración, sin embargo, se produce en un determinado ambiente de pensamiento liberacionista, que comentaremos hacia el final, y que funciona a modo de soporte para la auscultación del pasado a partir de los textos que lo conforman. De allí que una reescritura ficcional de esta naturaleza implique un diálogo activo y directo con la realidad, con el pasado y el presente, y sea así un aporte al conocimiento histórico.

Presentaremos, aquí, cuatro líneas transversales que se han revelado a lo largo de la lectura de las nuevas crónicas. Las conclusiones que se ofrecen, entonces, devienen de un proceso inductivo. Aquí nos hemos propuesto mostrar la puesta en sintagma de cuatro características que conforman verdaderos paradigmas, empresa que en su versión ampliada acude a un *corpus* extenso de obras que manifiestan los rasgos en discusión, señalando también sus matices y particularidades. Para efectos de este trabajo, sin embargo, habrá que limitarse a ejemplos modelo.

Las cuatro líneas aquí propuestas, sin perjuicio de que existan otras, son: la recurrencia de determinados tipos discursivos (que comporta coincidencias en el modo de presentarse las voces narrativas), la intertextualidad (desde la literalidad hasta la ideología), la carnavalización literaria y las manifestaciones del carnaval y, finalmente, las conceptualizaciones del tiempo y el espacio. Esta caracterización se desprende del análisis de 21 novelas latinoamericanas contemporáneas, escritas en español y publicadas entre los años 1978 y 2003: *Daimón* (1989), *Los perros del paraíso* (1987) y *El largo atardecer del caminante* (1992) del argentino Abel Posse; *1492. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla* y *Memorias del Nuevo Mundo* (1985) del mexicano Homero Aridjis; *Diario maldito de Nuño de Guzmán* (1990), *Las puertas del mundo* (1992), *Invasores del Paraíso* (1998) y *Lluvia para la tumba de un loco* (2003) del mexicano Herminio Martínez; *El arpa y la sombra* del cubano Alejo Carpentier (1989); *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad* del venezolano Miguel Otero Silva (1985); *Vigilia del Almirante* del paraguayo Augusto Roa Bastos (1992); *El último manuscrito de Hernando Colón* del español Vicente Muñoz Puelles (1992); *Maluco (la novela de los descubridores)* del uruguayo Napoleón Baccino Ponce de León (1992); *El mar de las lentejas* del cubano Antonio Benítez Rojo (1984); *Ay Mama Inés (crónica testimonial)* del chileno Jorge Guzmán (1993); *Crónica del descubrimiento* del uruguayo Alejandro Paternain (1980), *Hijo de mí* del chileno Antonio Gil (1992); *El entonado* del argentino Juan José Saer (1988); *Esta maldita lujuria* del argentino Antonio Elio Brailowsky (1991) y *La invasión a un mundo antiguo* de la chilena Rosa Miquel (1991). Es un *corpus* que incluye obras connotadas, que hoy por hoy forman parte de un canon, y también obras de circulación menor. Por otra parte, sus autores y autoras pertenecen a diferentes generaciones literarias; son oriundos de distintos rincones de Hispanoamérica e

incluso hay un representante ibérico. Todas estas novelas tienen en común el referirse, si no en su totalidad, al menos en una parte mayoritaria a los fenómenos de descubrimiento y conquista, abarcando desde el polémico año de 1492 hasta los últimos gestos de la conquista, hacia fines del siglo XVIII.

1. *Recurrencia de determinados tipos discursivos y voces narrativas.* La nueva crónica de Indias suele ser una parodia de textos de la época que recrea, los que, en principio, no son estrictamente literarios. La crónica oficial (las cartas relatorias y las crónicas de expedición) y los documentos privados (como las memorias, los diarios de vida y las “confesiones”) sirven de modelo para relatos homo y autodiegéticos que se proponen a sí mismos como documentos, más aptos que los originales para el verdadero conocimiento de “lo que efectivamente pasó”. Estos textos no literarios son los modelos que configuran las pautas para los relatos apócrifos, que se hacen pasar por *ciertos* al imitar tipos discursivos pensados originalmente para otros fines. Según la hipótesis que González Echevarría plantea en *Mito y archivo* (2000) la novela se disfraza en estos casos de documento oficial para ingresar así en los espacios de los discursos de poder. En cierto sentido esta idea es aplicable a la nueva crónica, por cuanto tiene la pretensión —por muy lúdica y ostensible que sea— de ser un documento verdadero, aunque no se trate de un documento precisamente “poderoso”, y ello es una forma de subvertir los criterios de realidad y ficción. Atendiendo a un argumento numérico, sin embargo, hay que constatar que la mayoría de las novelas adhiere a un formato privado, lo que implica que no pertenecen al ámbito de lo estrictamente oficial (la retórica notarial, como dice el crítico). La utilización por parte de la novela —interesada, evidentemente— de formatos en principio no literarios, de formas convencionales de redacción, es un ejercicio de travestismo que le sirve para “colar” la ficción en la realidad, para situar a las novelas en un campo de verosimilitud que las conecte con la historia, esto es, simular otro tipo de fuentes documentales para la reconstrucción del pasado.

En todos estos casos, oficiales y privados, es posible decir que hay un momento de la narración explícito —que las más de las veces coincide con el momento de la escritura, pero en algunas obras simula oralidad— y en algunas novelas también una ficción literaria que funciona como marco para el relato de una voz narrativa auto u homodiegética. La amplia mayoría de los textos que se han incluido en este *corpus* adhiere a una convención de este tipo. En los casos en que se produce una disociación entre los momentos de la narración y de lo narrado a veces hay la constatación de un extrañamiento, como en *El largo atardecer del caminante*, en donde Álgar Núñez, protagonista y narrador autodiegético, en el acto de recordar se desdobra, en una escena en que el viejo Álgar memorioso y el joven Álgar conquistador se miran frente a frente. En *El entonado* de José Saer la voz narrativa, yendo aún más lejos, literalmente revive desde la vejez la experiencia vivida entre los indios: “(...) las imágenes crecen, adentro, con tanta fuerza, que el espesor se

borra y yo me siento como en vaivén, entre dos mundos: el tabique fino del cuerpo que los separa se vuelve, a la vez, poroso y transparente y pareciera ser que es ahora, ahora, que estoy en la playa semicircular” (1988:74).

En los casos en que hay un “prólogo” (eminentemente ficticio) que crea una situación, por ejemplo, de manuscrito encontrado, se da la presencia de un narrador distinto que introduce el texto desde otro marco espacio-temporal. Significativo ejemplo resulta *El último manuscrito de Hernando Colón*, “encontrado” casualmente por el escritor valenciano Vicente Muñoz Puelles escondido bajo las solapas de un libro. El relato que se desarrolla a continuación de dichos marcos suele también distinguir entre la situación en que se gesta, especificándola, y el tiempo pasado que se rescata a través del acto de enunciar. Hernando también retorna desde la vejez a la “verdadera” historia de su padre, el Almirante.

Otra constante en estas novelas es la presencia de un narratario, de un tú al cual el relato va dirigido, y al que la voz narrativa apela constantemente, sobre todo en las formas que imitan documentos oficiales destinados a algún superior jerárquico. La homodiégesis propia de estas versiones testimoniales se vuelca así hacia la heterodiégesis en segunda persona y los textos se impregnan de un carácter dialógico, aspecto que resalta al hacer una lectura transversal del *corpus*. *Esta maldita lujuria y Maluco*, por ejemplo, constituyen sendas cartas a la autoridad, dirigidas al Virrey de la Plata y a Carlos V respectivamente. La versión de Otero Silva sobre la vida y desventuras de *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad*, en otra variante, recrea de forma apelativa la trágica historia de Inés de Atienza. En una parte crucial de la novela, ella es protagonista y destinataria del discurso del sublevado Aguirre.

Un grupo de novelas dará cuenta de una distancia mayor respecto del documento de época, proponiéndose como parodia del discurso histórico y sus procedimientos, resquebrajando así sus pretensiones de objetividad. El travestismo de la nueva crónica alcanza también a la narración histórica clásica; no sólo las fuentes son imitadas, sino también los discursos que las analizan. Se trata de novelas en donde la voz narrativa asume las características de un narrador historiador. El relato es heterodiegético, de focalización múltiple, pero nunca representa con exactitud un estudio histórico. Hay siempre una cuota de trasgresión, un asomo constante de duda o la pretensión irónica de una absoluta verdad que quiebran el formato de un relato histórico tradicional. Estos textos se mueven en una zona fronteriza entre homodiégesis y heterodiégesis, pues la voz narrativa va dejando huellas como constructora del relato que hacen entrever un yo desde el cual se narra, como se observa, por ejemplo, en *Vigilia del Almirante*, en el capítulo en que la voz narrativa reseña lo que “cuentan los cronistas”, haciendo uso y citando indirectamente una serie de fuentes documentales que le permiten reconstruir un hipotético pasado.

En el orden de las influencias literarias, se observa también una presencia de los modelos de la novela picaresca y de los textos dramáticos españoles propios del periodo. Las obras de Homero Aridjis, por ejemplo, hacen uso de estos recursos. *1492, Vida y Tiempos de Juan Cabezón de Castilla*, sigue el periplo de su protagonista —un joven de familia judía conversa, huérfano y caído en desgracia, que inclusive hace las veces de lazarillo de un ciego— por una España medieval, marcada por la decadencia y el grotesco. *Memorias del Nuevo Mundo*, por su parte, que es la continuación de las aventuras de Juan Cabezón, ahora en América, se “desnarrativiza” en ciertos pasajes cediendo el lugar a verdaderos parlamentos teatrales.

2. *Voluntad intertextual*. Posiblemente, esta característica —expresa y ostensible— de los textos del corpus se engarza con un modo de discurrir el relato propio de las antiguas crónicas, ellas mismas transidas por otras obras —historiográfico-testimoniales o literarias— o bien en discusión con diferentes versiones de lo *verdaderamente* sucedido en las empresas del descubrimiento y la conquista. Los textos indianos son en sí polémicos y confusos, más bien ambiguos como documentos, siempre parciales e influidos por intereses de orden muy distinto al de dejar constancia efectiva de los hechos. Servirán más tarde para propósitos monológicos, esto es, la construcción de una historia oficial, pero una parte importante de ellos es, en principio, manifestación de dialogicidad. Esta ambivalencia, muy rica al momento de disputar a dicha verdad oficial su posición monológica, es aprovechada por los novelistas contemporáneos, quienes quiebran así la uniformidad de un discurso lógico y coherente atravesándolo con distintas voces.

La historia, la literatura y la filosofía son las tres fuentes directamente apeladas para la reescritura de una nueva versión sobre el pasado. Con la primera se establece siempre una relación polémica, las más de las veces abierta, y con las otras se observa un vínculo de apoyo o afirmación, considerándose sus proposiciones como mucho más válidas que las de la historia, tanto para la comprensión de los fenómenos de descubrimiento y conquista como para la constitución de una imagen más acertada de América.

La historia en cuanto disciplina es constantemente increpada, en tono ácido o sarcástico, y juzgada como una excentricidad o una forma de aproximación al pasado más bien ineficiente. Así se aprecia en esta cita de *Daimón* de Posse, que da cuenta de la perspectiva americana frente a la manía historiográfica del Viejo Mundo: “[los europeos] organizaban sus delirantes visiones del tiempo bajo el nombre de Historia (una especie de metafísica pista de carreras)” (1989:28). Distinguimos al menos tres variantes en la compleja relación de estos textos con el discurso histórico oficial: las crónicas alternativas, que son versiones corregidas de crónicas ya existentes (la “verdadera” historia de lo sucedido que se recupera en nuevo relato); los testimonios de personajes históricos —reales o ficticios— que no dejaron huella documental o que posteriormente rescriben sus propias versiones sobre hechos relatados por otros; y los análisis históricos alternativos, que

retomando las mismas fuentes en las que se basa el discurso histórico oficial construyen interpretaciones completamente diferentes.

La literatura, por su parte, aparece avalada como una forma de aproximación a ciertas complejidades del pasado que la historia no es capaz de registrar. Recibe un uso magistral como modo de explicación, por ejemplo, en las novelas que dan cuenta de las motivaciones de descubridores y conquistadores en términos directamente quijotescos, apelando a la obra de Cervantes como una matriz ideológica explicativa que permite adentrarse en la conciencia de los personajes, en sus motivaciones y su visión de mundo. Esto sucede en *El largo atardecer del caminante* y *Vigilia del Almirante*, novelas en las que el caballero de la triste figura aparece confundido con su creador, en una amalgama quijotesco-cervantina de amplios alcances simbólicos.

La filosofía, finalmente, aparece como base teórica que permite comprender, por una parte, la dinámica del acontecer pasado, y, por otra, la cosmovisión de las culturas americanas, que tienen una base muy diferente de la europea. Esta última variante encuentra un lugar preponderante en *El entonado*, novela que da cuenta de insalvables diferencias en la forma de estar en el mundo de indios y europeos.

En el plano de lo literal, textos de los tres ámbitos son citados con o sin comillas, destacando el uso especial que se hace de la literatura culta y popular de los periodos históricos aludidos con el fin de constituir un escenario epocal, no ya a partir de descripciones, sino de textos, apelando a la materialidad del lenguaje como elemento otorgador de realismo. Los romances populares, los pregones marineros, *La Celestina* y *El libro de buen amor*, entre otros, se dan cita en la novela contemporánea para reconstruir la atmósfera del pasado. Las cuatro nuevas crónicas de Herminio Martínez *Diario Maldito de Nuño de Guzmán* (1990), *Invasores del paraíso* (1998), *Lluvia para la tumba de un loco* (2003) y, particularmente, *Las puertas del mundo* (1992), están llenas de resonancias en este sentido, que nos acerca a una mente colombina poblada de literatura.

En un plano análogo, destaca la presencia de paratextos (prólogos, epígrafes, notas al pie y epílogos), que sostienen con la novela misma una serie de diálogos cruzados en los que se juega con las categorías de ficción y realidad. Las palabras preliminares de Augusto Roa Bastos en *Vigilia del Almirante* proponen, por ejemplo, la posibilidad de una ficción “impura” para relatar la vida y obra de Colón: “Podemos contar en lengua de hoy su historia adivinada; una de las tantas de posible invención sobre el puñado de sombra vagamente humana que quedó del Almirante; imaginar su presencia en presente; o mejor aún, en el no tiempo...” (1992:11). Las desconcertantes notas al pie de *Los perros del Paraíso* constituyen igualmente ejemplos notables de vinculación paratextual, todas al servicio de la desmitificación del

conocimiento erudito y, por consiguiente, de la disolución de las barreras entre pensamiento racional y ficción literaria. Acerca de las particularidades del español de Colón, por ejemplo, se dice

(1) Colón, como la mayoría de los argentinos, era un italiano que había aprendido español. Su idioma era necesariamente bastardo, desosado, agradablón y aclaratorio como el que abunda en la literatura del Río de la Plata. Colón decía *piba*, *bacán*, *mishiadura*, *susheta*, palabras que sólo retienen los tangos y la poesía lunfarda. En su relación con Beatriz de Arana, en Córdoba, se le pegó el famoso *ché*. (Véase: Nahum Bromberg, “*Semiología y estructuralismo*”, cap. IV: “El idioma de Cristoforo Colon”. Manila, 1974.) (N. del A.) (1987:59).

El recurso del humor y la explicación inverosímil, en este caso, contribuyen a la deconstrucción carnavalesca de la historia.

3. *El carnaval*. En la nueva crónica, el carnaval se manifiesta como una forma de desestabilizar una serie de oposiciones binarias que caracterizan los discursos sobre el descubrimiento y la conquista. En estas novelas se manifiesta, en términos de Bajtín, una carnavalización literaria que, siguiendo a Eco, llamaremos carnavalización “en frío”, por cuanto implica una inversión que desencaja el orden normal de los dos factores en juego, impidiendo un retorno consecuente a la oposición establecida. Las díadas más frecuentes son descubridor-descubierto, conquistador-conquistado, civilización-barbarie, bondad-maldad y señor-súbdito.

Un ejemplo ya clásico de la inversión descubridor-descubierto es *Crónica del descubrimiento* (1980) de Alejandro Paternain que se propone a sí misma como la relación oral que da cuenta de los pormenores de la primera expedición descubridora americana a Europa. Las canoas indígenas se cruzan con las carabelas de Colón en la niebla del Atlántico, para llegar después a un Viejo Mundo marcado por la tristeza y la decadencia, que se revela como perfecta antítesis de la cultura americana.

La figura del conquistador-conquistado, por su parte, ocupa un lugar central en los relatos que destacan el protagonismo de figuras sombrías, de difícil interpretación para la historia oficial. Así sucede en *Daimón* y *El largo atardecer del caminante*, protagonizadas por Lope de Aguirre y Álvar Núñez Cabeza de Vaca, el primero enemigo y el segundo permanente sospechoso frente al poder monárquico español. En ambas versiones el mundo americano acaba seduciendo y transformando a los conquistadores en pseudo-americanos. Una imagen análoga es la que se desprende de *Hijo de mí*, novela que se centra en el pensamiento de Diego de Almagro, permanentemente enfocado en el amor hacia su pareja india y la preocupación paternal por su hijo mestizo.

La díada civilización-barbarie, tan cara al pensamiento latinoamericano desde la redacción del *Facundo* (1845) —pero que fue utilizada desde el principio del contacto europeo-americano como fundamentación de la conquista como guerra

justa— es probablemente una de las dicotomías más fecundas para la nueva crónica de Indias. Se insiste en invertir esta valoración en prácticamente todas las novelas del corpus, acudiendo a diferentes estrategias narrativas: ya sea a través del testimonio directo o indirecto del pensamiento indígena —y con ello promoviéndose una mínima representación ficcional de la perspectiva del “otro”— o de la propia reflexión de personajes europeos, quienes logran valorar en otra dimensión la aparente barbarie del mundo americano. Ejemplo de la primera opción es la novela *La invasión a un mundo antiguo*, de Rosa Miquel, que ya desde su título evidencia una aproximación profundamente crítica a la historia: no hay “descubrimiento” o “conquista”, sino directamente invasión, y tampoco llegan los europeos a un “nuevo mundo”, sino que se inmiscuyen destructivamente en una cultura ancestral. El rescate de la perspectiva mapuche y su juicio a los usos y costumbres españoles es un esfuerzo por mostrar la rica cultura de los naturales, pero sobre todo por hacer evidente la barbarie de los “civilizados”. La segunda variante interpretativa es el fundamento de *El entenado*, novela que gira completa en torno a la descripción y consecuente valoración de una tribu de indios en extremo “primitiva”, por cuanto sus miembros cometían una vez al año, ritualmente, canibalismo. Después del recuerdo exhaustivo de la vida que llevó con ellos, las conclusiones del narrador son muy diferentes de la valoración europea: “(...) para mí no había más hombres sobre esta tierra que esos indios y (...) desde el día en que me habían mandado de vuelta yo no había encontrado (...) otra cosa que seres extraños y problemáticos a los cuales únicamente por costumbre o convención la palabra hombres podía aplicárseles” (1988:132-133).

La dicotomía bondad-maldad está asociada a la pareja civilización-barbarie. Hacemos la distinción, sin embargo, porque en este punto las novelas se permiten un juicio moral, alejándose de la pretendida objetividad histórica y reconociendo muchas veces abiertamente una opinión frente a los hechos del pasado. Sucede así en *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad*, que se permite en una extensa nota al pie una discusión bibliográfica potente con las versiones acerca del conquistador que se refieren a él como un desquiciado que cometió crudelísimas hazañas. El título de la novela, en resonancia con esta nota, marca la pauta de lectura de la historia que propone Otero Silva: sacar a la figura de Aguirre del ámbito psicopático-delictual y elevarla a la categoría de posible mártir del imperio español.

Finalmente, en lo tocante a la desestabilización de las categorías de señor y súbdito, encontramos en las dos novelas del corpus que adhieren al formato textual de la carta el mismo principio activo adjudicado a la escritura. *Maluco* y *Esta maldita lujuria* proponen que a través de la comunicación íntima con sus distantes receptores se logra borrar el abismo jerárquico insalvable entre el humilde soldado y el poder regio o virreinal. Las nuevas crónicas, en este sentido, proponen una imposible democracia, sólo concretable en el espacio de la ficción literaria.

Otra forma de manifestación del carnaval en la nuevas crónicas será la recurrencia de las escenas de desarrollo carnavalesco, que pueden darse, por ejemplo, como una conjunción improbable de personajes históricos y ficticios de todos los tiempos, como sucede en el tercer capítulo de *El arpa y la sombra*, en el juicio a Colón frente a la Sacra Congregación de ritos, al que asisten los fantasmas de sus biógrafos y críticos más destacados para entregar testimonio. Personajes como Leon Bloy, Lamartine y el padre Las Casas se hacen presentes y declaran a favor o en contra de la pretendida “santidad” del Almirante, al modo de un coro polifónico espectral. Escenas de manifestación carnavalesca son también las representaciones concretas del carnaval que se encuentran en las novelas de Aridjis y de Benítez Rojo; las escenas de travestismo, que implican un desdibujarse de la identidad a partir de las ropas del otro, como sucede en todas las nuevas crónicas de Abel Posse; y la descripción física de los muelles, esos lugares en esencia carnavalescos, en donde conviven sin orden ni concierto los objetos llevados y traídos sin ton ni son de una parte a la otra del orbe.

Si bien este proceso de desmontaje de las verdades oficiales viene realizándose desde hace varios años por la propia disciplina histórica, por algún motivo, que probablemente se asocia a esta carnavalización, este movimiento es mucho más visible en las versiones literarias del pasado que aquí analizamos. La imaginación interviene sobre la realidad; la ficción, sobre los datos. La inversión de opuestos binarios, el “mundo al revés” que podemos apreciar en estas novelas, trastoca el modo de comprender los hechos históricos. Como se señalaba más arriba, la subversión no conduce a una mirada completamente opuesta de la historia, pero sí la relativiza, la pone un momento entre paréntesis, de modo que el retorno a la versión oficial de forma inocente ya no es posible. En este sentido —muy acotado— es posible hasta cierto punto identificar el movimiento que efectúan las novelas con una operación deconstructiva, por cuanto en varios casos la propuesta final será una lectura enriquecedora que pondrá en evidencia la parcialidad de la historia e incluso propondrá, como se observa a propósito de algunas de las inversiones, una nueva unidad englobadora, una archiunidad que supera el binarismo maniqueo. Hay que constatar, sin embargo, que en algunos textos el movimiento de inversión tiende hacia una dialéctica marxista en una línea más tradicional, dando cuenta, probablemente, de la poderosa influencia de dicha ideología en el pensamiento latinoamericano, que en este aspecto suele ser conservador.

4. *Alteración de los conceptos de tiempo y espacio.* En esta reconstrucción del pasado que polemiza con la historia se ven también cuestionados los conceptos de tiempo y espacio. No se trata sólo de un manejo especial de la temporalidad narrativa, sino de verdaderas redefiniciones de la idea abstracta de tiempo que se enfrentan a la imagen de este como una realidad lineal, secuencial. El pasado se abre así hacia el presente, a través de la anulación del devenir, de la propuesta de una circularidad temporal, de la presencia de *alephs* temporales y de una idea de

tiempo mítico. Otros fenómenos que niegan la linealidad son la re-vivencia del pasado a través de pasadizos específicos, el fragmentarismo temporal, así como la presencia de anacronías, ucronías, anticipaciones y de la narración simultánea.

Una influencia borgeana —también considerada por Menton— que ronda como una especie de metáfora matriz asociada al quiebre del devenir es el *Aleph*, punto del universo en el que confluyen todos los espacios en todos los tiempos. Hay varios ejemplos, fundamentalmente orientados hacia lo temporal, pero que necesariamente se traducen también en imágenes espaciales. Estos puntos suelen manifestarse en un espacio de agua, el mar, que se propone así como una metáfora del tiempo líquido, asociable a otras imágenes del devenir representado como fluidez, que pueblan el imaginario del ser humano desde la antigüedad hasta hoy (como el río de Heráclito o la expresión popular de que el tiempo se escurre “como agua entre los dedos”). *Maluco*, *Vigilia del Almirante*, *Los perros del Paraíso* y *El entenado*, hacen la relación explícita entre eterno presente y océano. Obsérvese, por ejemplo, esta cita tomada de *Memorias del Nuevo Mundo* de Aridjis: “Cada día apreciaba más la corporeidad del mar, cercano y lejano, ubicuo y en ninguna parte a la vez, moviéndose en el más completo silencio y en la música más espesa, entre lo futuro y lo pretérito, en el momento mismo del presente. El mar, sueño formal de la Divinidad informe” (1998:19).

La lluvia como pasadizo temporal aparece en *Hijo de mí*, en *Esta maldita lujuria*, en *Maluco*, y en *Lluvia para la tumba de un loco*. En *Diario maldito de Nuño de Guzmán* de Herminnio Martínez, se la asocia de modo directo al recordar y, en esta operación, a la fuga del individuo hacia el pasado. Se le otorga un poder especial, de comunicación con lo que no tenemos frente a nuestros ojos, porque no existe o porque no lo podemos ver

La miro perderse en la llovizna que, más que de agua, parece de recuerdos, aquí, al pie de nuestra mudanza. Y yo también me voy de mí con ella: de las calles de mi niñez a la Audiencia de México; de los brazos de María Engracia de los Santos al Mar de Lucifer (...)

A todo me voy sin irme, respunteando la relación, mientras siguen desfogándose las nubes, ¡y de qué manera! Quién sabe qué magia tiene la Lluvia que nos hace imaginar lo inimaginable y ver lo invisible (1990:198-199).

En todas las manifestaciones de un concepto de tiempo en las novelas del *corpus*, podemos ver que este no es lineal, sino tensional, problemático o al menos problematizable. Este bien puede ser un punto de discusión conceptual con la historia, al menos con aquella que supone una secuencialidad en la manifestación de los hechos para poder postularse a sí misma como una lectura de lo real.

Conviene prevenir respecto de una posible expectativa: esta discusión planteada por la nueva crónica ante un concepto de devenir lineal, secuencial, no pasa siempre forzosamente por una desestructuración radical de la sucesión de

acontecimientos en el nivel del relato. La antigua fórmula de lo contado o narrado dota a varios de estos textos de una tendencia incluso hacia el movimiento contrario, esto es, el rescate de una *cierta* cronología general que ordena la cadena de hechos grosso modo según estos van sucediendo, como una narración relativamente *simple*, atravesada parcialmente por confluencias de tiempos distintos o desórdenes en la secuencia. Esta aparente simplicidad, en función de una cierta verosimilitud, se da con alta incidencia en los textos que parodian un tipo discursivo propio de las crónicas originales. La disposición cronológica se ve alterada de forma más evidente en aquellas novelas que optan por la yuxtaposición, en donde la historia es a veces afectada por saltos temporales, por idas y regresos.

En cuanto al espacio, la nueva crónica se apropia de las imágenes de América que se proponen en los textos antiguos, pero no para refutarlas, sino para revalorizarlas como una forma efectiva de comprensión y presentación del mundo americano. La tierra primigenia, el lugar del mito, el Paraíso terrenal y la encarnación de la utopía son, en principio, máscaras europeas proyectadas sobre lo ignoto que la conciencia racional posteriormente ha negado a América, lo que no significa que no haya implementado otras. La nueva crónica refigura estas máscaras y las superpone sobre el continente para descubrir la verdad que ellas encierran.

Los distintos matices que adquiere el espacio en la Nueva Crónica se hallan, como es esperable, referidos a América, a la forma como es percibida por los primeros europeos que acceden a ella. Dominan aquí las imágenes propuestas por los antiguos cronistas; la novela recoge y se apropia de los valores que ellos pudieron darle, desde sus categorías de “mundo conocido”, a aquello que se les aparecía como nuevo. De allí surgen la idea de América como un mundo primigenio, aún en formación, como sucede en *El entenado*; como el espacio para la realización de la utopía política, idea fundamental en *Ay mama Inés*; como la encarnación del mito, motivo esencial de *Esta maldita lujuria*; o como el verdadero Paraíso Terrenal, según plantea directamente *Los perros del Paraíso*. Todas son imágenes que se superponen a lo desconocido, a veces para ocultarlo (recordemos a propósito la tesis del “cubrimiento” o “encubrimiento”), pero a veces también con un valor invertido, esto es, una apropiación de esas imágenes *falsas* para poder decir como sí es América: un aparente engaño que se vuelve acceso a una nueva realidad.

REFLEXIONES FINALES

Al momento de pensar un marco que permita comprender el fenómeno de la reescritura ficcionalizante del pasado, llama la atención la coincidencia de la propuesta de esta nueva narrativa con la relectura de la historia que plantean los subalternos indios a propósito de su propio pasado colonial. Algunas veces se ha aplicado este pensamiento como referente teórico para la lectura de la narrativa latinoamericana, lo cual es válido, en tanto hay resonancias importantes, y en

cuanto, en principio, el análisis literario no debe comprometerse necesariamente *a priori* con ningún modelo.⁴ Pareciera, sin embargo, que si hay un trasfondo ideológico, un ambiente intelectual que hace de caldo de cultivo o de inmediato refuerzo a la ficcionalización re-visitadora del pasado, no es el pensamiento indio de los ochenta, que hasta hace una década recién comenzaba a circular por la América hispanohablante, sino las voces de protesta contra el eurocentrismo cuasi servil que eleva el pensamiento latinoamericano de la liberación, que viene desarrollándose con momentos de alta intensidad y también con depresiones, ya desde los años 70. La necesidad de rescribir la “Historia de las Ideas”, que es uno de los pilares del programa expuesto en la *Declaración de Morelia* (1981) —manifiesto fundacional del grupo de pensamiento liberacionista latinoamericano— se hace presente en nuestra literatura como una necesidad de rescribir directamente la historia, de socavar con la ficción (trágica o socarronamente) una pretendida objetividad, de efectuar, como bien dice Posse, un nuevo descubrimiento (1992:254). De allí la parodia o el travestismo y de allí, sobre todo, la relativización de las oposiciones binarias. Como señala Arturo Andrés Roig, a propósito de la diada civilización-barbarie, determinante en la constitución de nuestra identidad: es Carpentier en *El siglo de las luces* “(...) quien quiebra, en el campo de la narración novelada, este régimen categorial antitético, abriendo con su obra una nueva época en la historia de nuestras letras” (1994:165).

He allí, quizás, el mayor aporte de la nueva crónica: incentivar a una lectura diferente abriendo nuevas perspectivas de interpretación para los orígenes de nuestra existencia occidental. Los nuevos cronistas se hacen eco de la arenga de Carpentier que citábamos al comienzo y dotan a su literatura de un sentido que la trasciende. Esto, evidentemente, no pasa solo por lo que dicen, sino por la manera como lo dicen: la materialidad del lenguaje se yergue como un instrumento de reconstitución de mundo. La nueva crónica declara así no atender a la historia que ha sido contada ni a la manera en como ha sido contada. Además, tampoco se ubica en el polo opuesto para invertir las categorías impuestas, ejerciendo una suerte de “vuelta de tortilla” que no tendría mayores consecuencias. La nueva crónica se inmiscuye en el interior de las oposiciones y desde allí las desplaza. En el caso de una voz homodiegética, podríamos resumir: soy el yo del descubridor y del conquistador; me apropio de un cuerpo y de una cosmovisión para hacerte ver las cosas de una manera distinta, presentando de otra forma las causas y las consecuencias de lo que registra la historia. Y cuando la voz narrativa juega al historiador, torciendo un poco sus reglas: voy dejándote gotas o goterones de

⁴ En la medida que un marco conceptual resulta una vía de acceso a la comprensión de la obra literaria, su utilización es pertinente. De allí que sea posible abordar un texto simultáneamente desde distintas perspectivas. La gracia estriba en permitir que sea la obra la que sugiera los modelos de análisis, evitando así una aplicación forzada.

ficción en el camino; estoy diciéndote que tengas cuidado con tus certezas, porque lo que ves no es tal como lo ves, o puede ser visto de otra manera.

*Universidad Diego Portales**
Facultad de Comunicación y Letras
Vergara 240, Santiago (Chile)
Universidad de Santiago de Chile
Instituto de estudios avanzados (IDEA)
Román Díaz 89, Providencia Santiago (Chile)
pizarrocortes@gmail.com

BIBLIOGRAFÍA

- Aínsa, Fernando. "Invención literaria y "reconstrucción" histórica en la nueva narrativa latinoamericana", en *La invención del pasado*. (Ed.) Karl Kohut. Frankfurt am Main: Vervuert, 1997:111-121.
- "La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana", en *Cuadernos Americanos* 28. (1991):9-31.
- "La nueva novela histórica", en *Plural* 40. (1991):82-85.
- Aridjis, Homero. *1942. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla*. Madrid: Siglo XXI, 1985.
- *Memorias del Nuevo mundo*. México DF: F.C.E., 1998.
- Baccino Ponce de León, Napoleón. *Maluco (la novela de los descubridores)*. Barcelona: Seix Barral, 1992.
- Bajtin, Mijail M. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México DF: F.C.E., 1993.
- Benítez Rojo, Antonio. *El mar de las lentejas*. Barcelona: Plaza y Janés, 1984.
- Brailevsky, Antonio Elio. *Esta maldita lujuria*. La Habana: Casa de las Américas, 1991.
- Carpentier, Alejo. *El arpa y la sombra*. México: Siglo XXI, 1989.
- "La novela latinoamericana en vísperas del nuevo siglo", en *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Comp. Roberto González Echevarría. Caracas: Monte Ávila, 1984.
- Chakrabarty, Dipesh. "Poscolonialismo y el artificio de la historia: ¿Quién habla por los pasados indios?", en *Capitalismo y geopolítica del conocimiento*. Comp. Walter Dignato. Buenos Aires: Del Signo, 2001:133-170.
- Derrida, Jacques. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 1989.
- Dussel, Enrique; Francisco Miró Quesada; Arturo Andrés Roig; Abelardo Villegas, Leopoldo Zea. "Declaración de Morelia. Filosofía e independencia", en *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina*. Comp. Arturo A. Roig. México DF: UNAM, 1981.
- Eco, Umberto. "Los marcos de la 'libertad' cómica", en *¡Carnaval!*. México DF: F.C.E., 1989:9-20.
- Gil, Antonio. *Hijo de mí*. Santiago: Los Andes, 1992.
- Goic, Cedomil (Ed.). *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Tomo I. Barcelona: Crítica, 1988.

- González Echevarría, Roberto. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa hispanoamericana*. México DF: F.C.E., 2000.
- Guzmán, Jorge. *Ay mama Inés*. Santiago: Andrés Bello, 1993.
- Livacic, Ernesto. "Antiguas y nuevas crónicas de Indias", en *Actas Simposium "El V Centenario y el mundo hispánico"*. Japón, 1991.
- Martínez, Herminio. *Lluvia para la tumba de un loco*. México DF: Lectorum, 2003.
- *Diario Maldito de Nuño de Guzmán*. México DF: Diana, 1990.
- *Las puertas del mundo*. México DF: Diana, 1992.
- *Invasores del paraíso*. México DF: Castillo, 1998.
- Menton, Seymour. *La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992*. México DF: F.C.E., 1993.
- Miquel, Rosa. *La invasión a un mundo antiguo*. Santiago: LOM, 1991.
- Moreno, Fernando. "La historia recurrente y los nuevos cronistas de Indias. (Sobre una modalidad de la novela hispanoamericana actual)", en *Acta Literaria*. Universidad de Concepción. 1992:147-155.
- Muñoz Puelles, Vicente. *El último manuscrito de Hernando Colón*. Barcelona: Tusquets, 1992.
- Otero Silva, Miguel. *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Paternain, Alejandro. *Crónica del descubrimiento*. Montevideo: De la Banda Oriental, 1980.
- Posse, Abel. "La novela como nueva crónica de América. Historia y mito", en *De conquistadores y conquistados*. (Ed.) Karl Kohut. Frankfurt am Main: Vervuert, 1992:249-255.
- *Los perros del Paraíso*. Barcelona: Plaza y Janés, 1987.
- *Daimón*. Buenos Aires: Emecé, 1989.
- *El largo atardecer del caminante*. Buenos Aires: Emecé, 1992.
- Roa Bastos, Augusto. *Vigilia del Almirante*. Madrid: Alfaguara, 1992.
- Saer, Juan José. *El entenado*. Barcelona: Destino, 1988.
- Roig, Arturo Andrés. "La filosofía latinoamericana, la filosofía de la historia y los relatos", en *El pensamiento latinoamericano y su aventura II*. Tucumán: Centro Editor de América Latina, 1994:147-171.